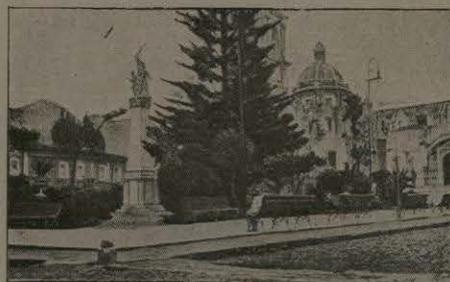


CAPITULO XLVIII.

Grandes cualidades de Díaz.

Tanto Lerdo como Iglesias, de estrecho criterio y de ideas extremistas, habían provocado amargas animosidades, no sólo contra sí mismos, sino contra el partido de Díaz, y el país se encontraba dividido en tres facciones que se atacaban despiadadamente. Por consiguiente, y como antes hemos dicho, la tarea que tenía entre manos Porfirio Díaz en esta ocasión, era extremadamente difícil, y requería la firmeza de un jefe militar, la profunda sabiduría de un organizador y administrador políticos y, sobre todo, la ayuda inteligente de un diplomático. La equidad reconocida de Díaz, su deseo evidente de reconciliar todos los partidos en interés de la paz y del bien del país, su amplitud de criterio y su previsión, comenzaron á manifestarse desde un principio. Su enérgica política de represión en todos los elementos desordenados que habían arruinado al país durante tantos años, su clemencia para con sus enemigos, su deseo evidente de aprovechar en su administración á todos los hombres capaces, cualesquiera que fuera su partido ó credo político, siempre que tuvieran buena voluntad para colaborar con él en la inmensa obra de la reconstrucción del país, su amnistía á los emigrados políticos, su energía para mejorar la policía de las ciudades y de los distritos rurales, y su clara manifestación de brillantes dotes administrativas, le fueron gradualmente ganando la confianza que se le había mostrado á Lerdo cuando asumió la presidencia de la República. El fracaso de la administración de este último, que había seguido tan de cerca á las ilusiones y esperanzas que todos se habían formado de su habilidad, había tenido por resultado que cundía el escepticismo y se dudaba ya del éxito de cualquier gobierno que se estableciera en Mé-



Parque Castillo.



Parque Alberto López.



Puente Guadalupe.

VISTAS DE ORIZABA, VER.

xico. Porfirio Díaz era reconocido por todos los partidos como hombre fuerte y capaz, no obstante lo cual, el sentimiento general cuando él entró á la capital de la República el año de 1876, no era de gran confianza ni de esperanzas para lo futuro. Un banquero prominente, residente en México, escribió por ese tiempo en la más estricta confianza á una casa extranjera, que otro jefe revolucionario había ascendido á la presidencia; "pero la situación es desesperada, pues no es posible que este hombre tenga éxito, tomando en consideración todas las facciones y elementos que tiene en su contra. Pronto seguirá el camino de sus predecesores y México será de nuevo presa de la guerra civil."

Un prominente periodista americano, que aún hoy trabaja activamente en México, relató al autor sus experiencias de ese período. Dice que hubo gran regocijo cuando Porfirio Díaz entró á la capital de la República en 1876, pues era el más popular de los héroes militares del día; pero por todos lados se manifestaban dudas de que lograra sostenerse por mucho tiempo, con tantos elementos hostiles como lo rodeaban. Era prevalente la idea de que el pueblo mexicano se había aficionado tanto á las revoluciones, y las luchas intestinas habían llegado á ser ya tan crónicas, que ni aún de la presencia de la jefatura del gobierno del héroe popular de las guerras del imperio podía esperarse alivio, ni siquiera temporal, á los males que aquejaban á la nación. El gran Juárez había bajado al sepulcro manifestando su pesar de no vivir un poco más de tiempo, para lograr ver á su país afianzado en el camino del orden, la ley y la libertad política. En sus últimos momentos parece haber previsto, proféticamente, todas las dificultades y peligros que esperaban á su país. El mismo Lerdo, reconocido como uno de los más distinguidos estadistas que México ha producido, hombre á quien la opinión pública acreditaba como originador de las muchas medidas é innovaciones que hicieron famosa la administración de Juárez y dado lus-

tre á su nombre á los ojos de los historiadores modernos y de los grandes estadistas políticos y sociales; el mismo Lerdo, el hombre de finas maneras, el erudito, el estadista y el amigo íntimo y discípulo del gran Juárez, había fracasado ignominiosamente y había huido del país dejando tras sí anarquía, animosidades políticas, bancarrota y un sentimiento general de desesperación en todos los ámbitos de la República. ¿Cómo podría, pues, Díaz, rudo soldado, esperar tener éxito donde hombres aparentemente mejores y mejor provistos, habían tan señaladamente fracasado?

Pero los que hacían estas conjeturas acerca del nuevo Jefe del Ejecutivo de México, ignoraban sus grandes cualidades. No habían percibido la preparación que este notable ciudadano había tenido para la difícil tarea de que se había hecho cargo. No hacían justicia á la habilidad organizadora que había mostrado cuando con un puñado de hombres, había expulsado del sur del país á las fuerzas imperialistas y había ganado la presidencia para Juárez. No habían comprendido la habilidad que le había hecho posible alimentar y vestir á su ejército y proveerlo de pertrechos de guerra sin los abusos de la conscripción obligatoria; ni habían podido comprender el alcance del gran trabajo de organización que había llevado á cabo, no obstante las atenciones de la guerra y la continua necesidad en que se veía de cambiar de lugar con la movilización de sus fuerzas. En pocas palabras, todos aleccionados por los continuos fracasos que habían experimentado los gobiernos anteriores del país, y la inhabilidad que habían mostrado por más de cincuenta años de vida independiente, no creían que fuera posible que un hombre pudiera librar al pueblo mexicano de los malos hábitos y vicios, que habían llegado á ser en él una segunda naturaleza. Pero afortunadamente, y sin que ellos lo supieran, ya había nacido el hombre capaz de llevar á cabo esa inmensa tarea, y ese hombre tenía ya la preparación suficiente para la em-

presa que el destino le iba á encomendar. Comprendía las condiciones políticas y sociales de su país tan bien ó mejor que cualquier hombre en esos días; apreciaba los anhelos y necesidades de los pobres tanto como las aspiraciones de los ricos; veía claramente y mejor que ninguno otro el cáncer de inestabilidad política que roía las entrañas de la nación, y había ya resulto también cuáles eran las reformas que imperiosamente exigía semejante situación. Para él, pensar y resolver era obrar, y comenzó á obrar desde el día en que hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Y esta actitud para eradicar toda clase de abusos y buscar el bien del país, ha sido constante durante toda su larga administración de treinta años.

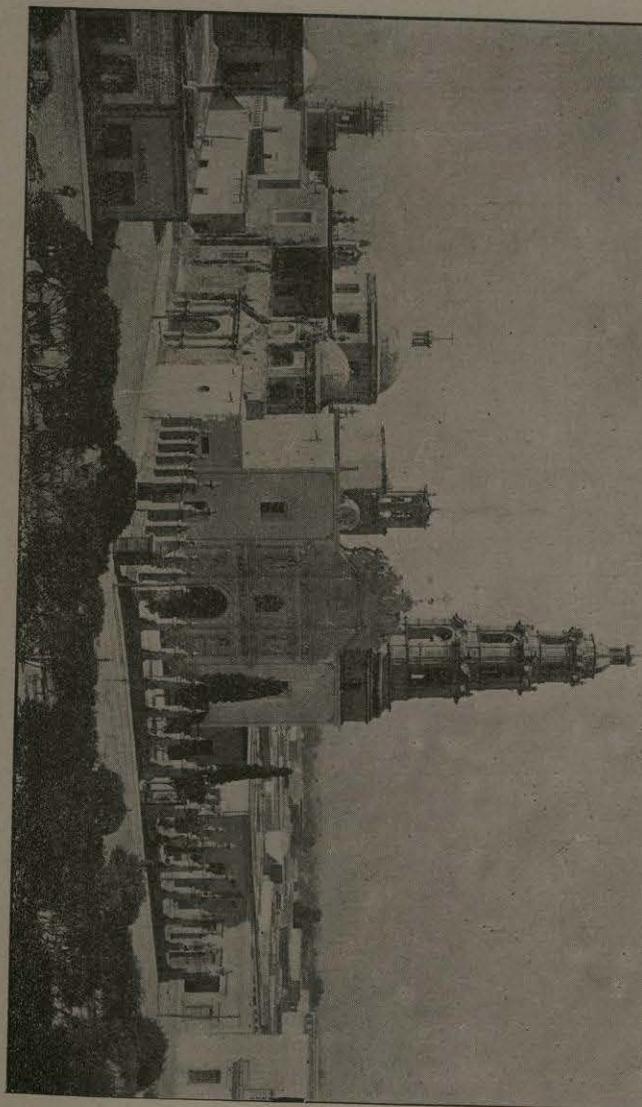
Pero si bien Díaz, al comprender la necesidad de ciertas reformas no perdía tiempo para llevarlas á cabo, lo hacía siempre poniendo muy especial cuidado y atención, y dando la consideración debida á toda clase de dificultades y problemas que la situación pudiera presentar. Siempre que ha sido necesario prontitud y actividad para obrar, nadie le hubiera podido ganar en energía, especialmente si se trataba del mantenimiento de la paz; mas si el problema en cuestión lo ha permitido, tanto él, como sus consejeros y colaboradores, lo han siempre estudiado con la mayor atención. La colaboración inteligente en los estudios profundos y de trascendencia, ha sido siempre la válvula de seguridad más eficiente en asuntos públicos, y Porfirio Díaz, durante su larga administración, siempre ha sabido aprovecharla, logrando así constituir un gobierno benéfico, poderoso é influyente. Cada resolución tomada por su gobierno, cada ley que ha promulgado y cada acuerdo que se ha dado para corregir abusos públicos, han sido concienzudamente discutidos por el presidente y sus consejeros de confianza; y la poderosa influencia de estos mismos consejeros, luego se ha hecho sentir en el Congreso; pues estando perfectamente informados é ilustrados, casi siempre han logrado conquis-

tar la voluntad, aún de los congresos más refractarios, á favor de sus proyectos, los que siempre, muy luego eran reconocidos como sanos y benéficos.

El admirable poder y habilidad que tiene Porfirio Díaz de conquistar á los hombres á sus ideas y opiniones, es uno de sus más notables característicos; y este admirable poder, siempre lo ha manifestado sin la más pequeña exhibición aparente de fuerza. Esta gran habilidad es debida á su gran fuerza de carácter, á su sincero deseo de siempre enterarse á fondo de las situaciones que se presentan y á su labor amiciosa por la grandeza y prosperidad del país. Durante su larga administración, todas las medidas de su gobierno no han tenido otro objeto en mira. Ha logrado que las facciones políticas del pasado desaparezcan, ó por lo menos las ha nulificado por completo, y ha logrado que hoy no exista en México más que un partido: el de "Paz, prosperidad y progreso," grito de batalla del partido de Díaz.

Gradualmente los resultados de la política de Díaz se fueron poniendo en evidencia. La paz trajo consigo nuevas oportunidades y campo de acción á los hijos de las clases alta y media; riquezas que durante muchos años habían permanecido ocultas, comenzaron á aparecer tímidamente; capitalistas extranjeros que habían vigilado con mirada crítica la carrera de Porfirio Díaz como Primer Magistrado de la Nación mexicana, comenzaron á adquirir confianza y á invertir sus capitales en negocios del país; y luego se iniciaron la obra colosal de construcción ferrocarrilera y las grandes mejoras en la minería y en la industria en general, que siempre honrarán y quedarán asociadas á la administración de Díaz.

Todo esto es, en sí mismo, digno de cuidadoso estudio, para aquel que quiera darse cuenta de lo que significa el General Díaz en la historia del México moderno; pero tiene aún mayor significación y trascendencia que la que aparece tener á primera vista por las actuales ventajas materiales que han nacido al haberse despertado la confianza y el interés en



IGLESIA, AGUASCALIENTES.

México, donde quiera que los capitales, tanto de la nación como extranjeros, han encontrado segura inversión; pues ningún gran cambio de esta naturaleza puede tener lugar, sin dejar marca indeleble en las condiciones sociales, políticas é industriales de un país.

Estas tres condiciones están inseparablemente asociadas en todos los países, ya para el bien, ya para el mal, de acuerdo con los medios usados por el gobierno y la sabiduría de su administración; y México, durante su vida de República, no ha sido excepción á la regla, aunque desgraciadamente en su caso, el mal ha dominado siempre al bien. Las tendencias de las administraciones de Juárez y Lerdo, fueron en lo general decididamente por el bien; pero Juárez, aunque hombre de admirable determinación y tenacidad, y el hombre que verdaderamente se necesitaba para la empresa que llevó á cabo, adolecía en gran parte, de la falta de magnetismo ó influencia personal que le hicieron posible á Díaz atraerse hombres de todas las facciones y credos políticos y religiosos, y hacer de ellos sus amigos y partidarios más sinceros. Igual cosa que de Juárez puede decirse de Lerdo, aunque en grado más eminente. Estos dos ciudadanos, cuyos nombres ocuparán siempre lugares de los más prominentes en la historia de México, fueron demasiado acozados por las tendencias revolucionarias de sus tiempos, y por los muchos problemas políticos, sociales é industriales con que tenían que luchar para que los resultados de su labor fueran satisfactorios. Ambos trabajaron, cada uno de su modo, por la prosperidad de su país y fueron buenos patriotas. Y lo mismo que decimos de ellos se puede decir de multitud de ciudadanos notables, cuyos nombres adornan las páginas de la historia de México; pero ninguno de todos, por grande que pueda haber sido en cualquier respecto, llegó á reunir las cualidades que han hecho de Porfirio Díaz el más distinguido jefe militar, gobernante y administrador que la República de México ha teni-

do. Los resultados de su política en los distintos ramos de su gobierno, son por consiguiente muy interesantes.

La inversión gradual de capitales nacional y extranjeros en la República, la fundación de industrias nuevas, el aumento de las tierras dedicadas á la agricultura, la construcción de caminos y comunicaciones por todos los ámbitos del país, la ampliación y dragado de puertos, y en general, la implantación de mejoras, con frecuencia de gran magnitud, por doquier, ha abierto inmensos horizontes á las energías de la actual generación de jóvenes de todas las clases sociales, desde el hijo del labriego inculto, hasta los vástagos de las familias más ricas y encumbradas del país. De lo que resulta, que la juventud ya no acoza al gobierno con peticiones de empleos y granjerías, pues todo el que sinceramente quiere trabajar, puede encontrar buenos empleos, siempre que tenga la suficiente capacidad para llenarlos satisfactoriamente. Los jornales y salarios de toda clase se han más que doblado durante la administración de Díaz, y numerosas oportunidades de trabajo, que nunca habían existido en México, han sido abiertas á los hijos de las familias necesitadas; y de este modo, como se comprenderá fácilmente, las causas de inquietud política que fueron fuentes constantes é inminentes de peligro para las varias administraciones desde 1821 hasta 1876, han sido en su mayor parte eradicadas. No hay hoy en México revolucionarios, por la sencilla razón de que no hay motivos para hacer revoluciones. Podrá el populacho hablar excitadamente de levantamientos, cuando algún jefe ambicioso del molde antiguo proclama sus ideas revolucionarias; pero podemos estar seguros, que esto nunca pasa de charla. Hay hoy en México por donde quiera trabajo para todos; los empleados públicos están hoy pagados mejor que nunca en la historia de la República; las familias de la clase media están hoy mejor alojadas, mejor alimentadas y mejor vestidas que antes; y el país, cual un joven gigante, extiende



EDIFICIOS MODERNOS DE MÉXICO.

sus inmensos miembros llenos de energía por todas direcciones. La política de paz y justicia, orden y ley, y "mucho administración y poca política," anunciada por Porfirio Díaz hace años, ha producido ya abundante fruto con la prosperidad y felicidad de que hoy goza el pueblo; y los que hablan ligera é impensadamente de revoluciones en México, presentes ó futuras, cuentan muy poco con las inmensas fuerzas que trabajan continuamente para evitar semejante contingencia. Aunque el trabajo por la paz se puede decir que acaba de ser comenzado, ha sido hecho sobre sólidos cimientos, para bien de la Nación y beneficio de los constructores que sucedan al creador del México moderno, y solamente los más descabellados disparates, pueden hacer peligrar la estabilidad del magnífico edificio que deberá ser continuado por las generaciones futuras.